

El príncipe y su juglar

Como todo el mundo sabe, cualquier príncipe que se precie, antes de convertirse en rey, debe conseguir el tesoro custodiado por un dragón, rescatar a una princesa en apuros, deshacer un encantamiento y vencer en un torneo a un afamado caballero. Pero Bonifacio, el príncipe de nuestra historia, rondaba ya los treinta años y todavía no había realizado ninguna de estas hazañas.

—¿Quién ocupará el trono cuando el reúma no me deje gobernar? —se lamentaba el rey.

—¿Quién lo ocupará? —gemía la reina.

—¿Quién? —repetían los ministros.

—¿«Guauuu»? —aullaba el perro de palacio.

Pero al príncipe no le conmovían lamentos, gemidos ni aullidos. Lo que le gustaba de verdad era tocar su laúd para viajar de reino en reino y de plaza en plaza entonando canciones, acompañado por su amigo y maestro: el juglar Udolfo.

—Oye, Udolfo —le decía—, ¿por qué no cantamos hoy la historia de tu vida para este amable público?

—Tus deseos son órdenes, mi amado Príncipe.

Y los dos se ponían a cantar. No se puede decir que tuvieran buenas voces, porque no las tenían; pero el ingenio y la gracia de las canciones hacían que los espectadores se rieran a carcajadas desde el segundo o tercer verso.



Nací en febrero, con nieve,
la tarde del veintinueve;
por eso es mi cumpleaños
solo cada cuatro años.

Cuenta mi hermano Facundo
que desde que vine al mundo,
esmirriado y amarillo,
ya cantaba como un grillo.

Y lo hacía a cualquier hora:
madrugada, tarde, aurora...
Esta afición tan extraña
a todos daba migraña.



Perseguía el día entero
al gallo del gallinero,
y antes que a hablar aprendí
a decir quiquiriquí.

Cantaba cual ruiseñor
al ritmo del tenedor.
Transformaba en instrumento
cualquier cacharro o invento.

Con un arco hice un violín,
un tambor con un bacín,
platillos con dos escudos
y un clarín con un embudo.

Mi padre estaba empeñado
en hacer de mí un soldado;
mas yo sacaba tonadas
hasta del choque de espadas.

El pobre le echó paciencia
y al llegar la adolescencia
me entregó un laúd fantástico
de madera y no de plástico.

Llegué hasta el Reino del Norte,
me hice juglar de la Corte
y me instalé en el palacio
con mi amigo Bonifacio.

Ahora vamos, sin parar,
de un lugar a otro lugar;
se nos da estupendamente
hacer reír a la gente.

Y aquí se acaban, señores,
estos versos de colores.

Al final, el público siempre estallaba en
un ruidoso aplauso que acariciaba el cora-

zón de Bonifacio. ¿Para qué quería él dragones, princesas en apuros, seres hechizados y caballeros afamados si tenía el calor de los aplausos?

Un día de sol, de esos en los que el aire está más limpio, las montañas parecen dibujadas en un fondo azul y los pájaros trinan tan alto que hacen daño a los oídos, Bonifacio y Udolfo cogieron sus laúdes. Sin ningún equipaje, pero con la cabeza llena de versos y el corazón repleto de alegría, salieron del reino rumbo a cualquier parte. Y anda que te andarás, se cruzaron con un larguísimo cortejo, encabezado por dos clarines y formado por más de sesenta sol-



dados. En el centro, en un palanquín, se paseaba una dama de peculiar belleza.

—Mira, Príncipe, ¡menudo cortejo!

—Lo miro, Udolfo.

—Y escolta a una dama. ¿La ves, Príncipe?

—La veo, Udolfo.

—Fíjate bien en ella; tiene un aspecto singular.

—Me fijo, Udolfo.

—Sí, sí, si ya me doy cuenta. Se te ha puesto cara de tonto y no haces más que repetir como un loro lo que digo. ¡Vamos, despierta, que tenemos por delante muchas plazas que visitar!



Bonifacio se había quedado en trance. Cabalgaba con la boca abierta —ya se le habían colado tres moscas— y la mirada perdida en el infinito. Udolfo, para intentar devolverlo de nuevo a la Tierra, compuso unos versos en honor a la misteriosa dama:

La dama del palanquín
le hace al príncipe tilín.

A los que Bonifacio contestó suspirando:
¡Ay!, dama del baldaquino
llegada del quinto pino.

El juglar, que vio en este juego una manera de sacarlo de su ensimismamiento, continuó con nuevos versos:

Con su vestido amarillo,
tiene orejas de soplillo.

A los que el príncipe respondió raudo:

Te equivocas, buen juglar,
es de belleza sin par.

Así, mientras uno provocaba y el otro respondía, se entabló entre ambos una durísima batalla verbal:

Con su sombrilla elegante,
tiene nariz de elefante.

Udolfo, no te has fijado
en su rostro delicado.

Por la boca de esta moza
pasa un rey con su carroza.

¿Qué me dices, tontorrón?
¡Su boquita es de piñón!

Carmen Gil

Será dama de raigambre,
mas tiene pelos de alambre.

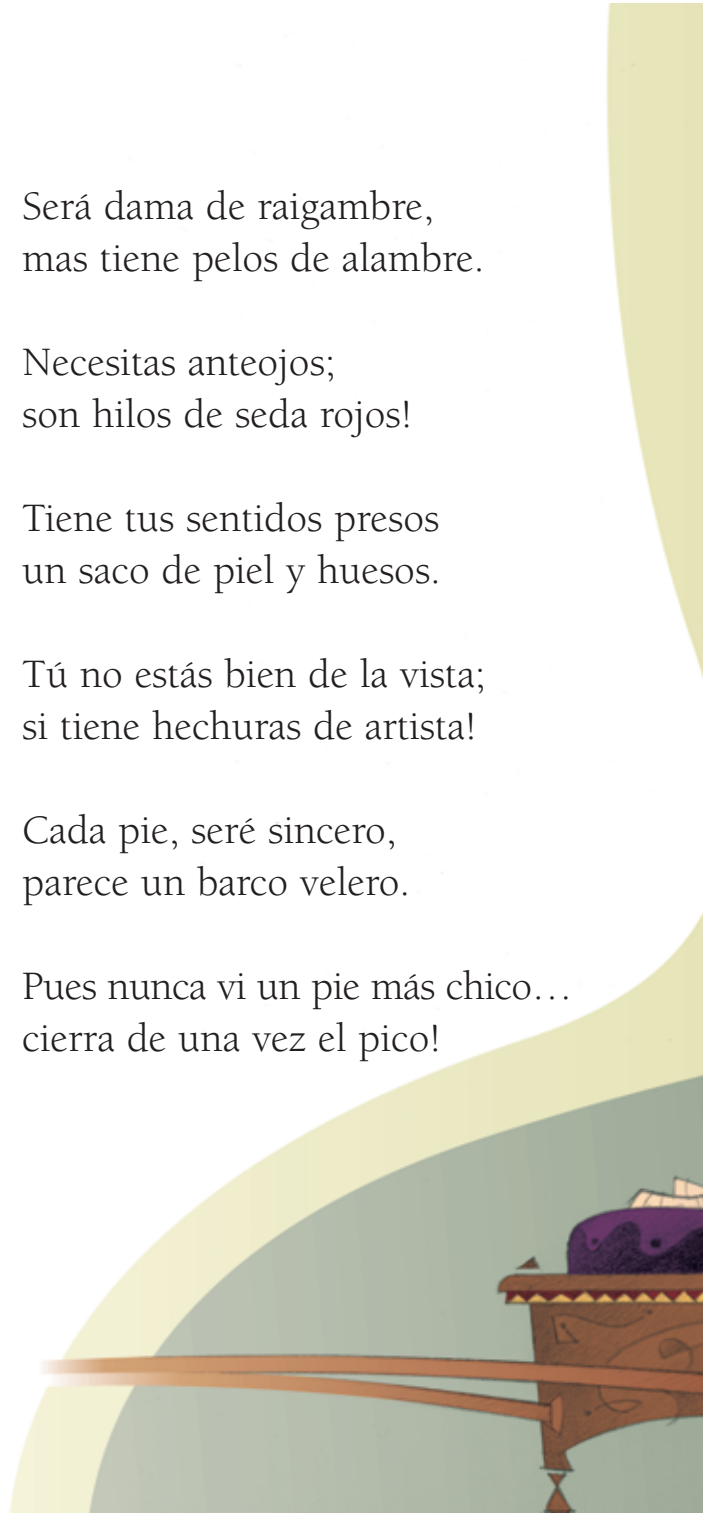
Necesitas anteojos;
son hilos de seda rojos!

Tiene tus sentidos presos
un saco de piel y huesos.

Tú no estás bien de la vista;
si tiene hechuras de artista!

Cada pie, seré sincero,
parece un barco velero.

Pues nunca vi un pie más chico...
cierra de una vez el pico!





Esta respuesta fue tan contundente que dejó a Udolfo con los labios pegados. Durante horas, que se hicieron eternas, los dos jinetes cabalgaron y cabalgaron sin decir ni «mu». Bueno, Bonifacio dejaba escapar de vez en cuando suspiros lastimeros que conmovían hasta a las piedras. El juglar, que empezaba a perder la paciencia con tanto suspirito quejumbroso, tomó de pronto una drástica decisión:

—Príncipe, nos volvemos al reino.